

— ¡ Vaya un lance ! exclamó éste : ¡ ni siquiera un arañazo, ni una sola coz !

— Pero, sin embargo, está desmayado.

— De miedo, sin duda. Pongámoslo en el foso, y puesto que la señora tiene prisa, sigamos nuestro camino.

— ¡ Imposible ! No puedo abandonar este muchacho en tal estado.

— ¡ Bah ! nada tiene y ya volverá en sí naturalmente.

— No, no. ¡ Tan joven ! ¡ pobre criatura ! Es alguno que se habrá escapado del colegio, y que habrá querido emprender un viaje superior á sus fuerzas. Mire usted qué pálido está ; se moriría... No, no ; no le abandonaré. Póngalo usted en la berlina, sobre la banqueta de delante.

El postillón obedeció. La señora había vuelto á entrar en el coche. Gilberto fué depositado transversalmente sobre un buen almohadón, con la cabeza apoyada contra los mullidos tableros de la carroza.

— ¡ Ahora, en marcha ! continuó la joven señora ; hemos perdido diez minutos ; una pistola por esos diez minutos.

El postillón hizo chasquear su látigo por encima de su cabeza, y los caballos, que conocían esta señal amenazadora, partieron al gran galope.

XVIII

En donde Gilberto comienza á no sentir tanto la pérdida de su escudo

Cuando Gilberto volvió en sí, que fué al cabo de algunos minutos, no se sorprendió poco de verse colocado, por decirlo así, sobre los pies de una joven que lo miraba con atención.

Tenía ésta de veinticuatro á veinticinco años, grandes ojos garzos, nariz arremangada, mejillas algo tostadas por el sol meridional ; una boca pequeñita, de un dibujo caprichoso y delicado, daba á su fisonomía franca y jovial un carácter pronunciado de finura y circunspección. Tenía los más hermosos brazos del mundo, que, en aquel momento, se modelaban en unas mangas de terciopelo morado con botones de oro. Los ondulantes pliegues de una basquiña de seda gris á grandes ramos, ocupaban casi todo el coche. Porque Gilberto, no menos sorprendido que de todo lo demás, percibió que se hallaba en un coche arrastrado por el galope de tres caballos de posta.

Como la fisonomía de la señora era risueña y expresaba el interés, Gilberto se puso á mirarla, hasta que se aseguró de que no soñaba.

— ¡ Y bien, hijo mío ! dijo la señora después de un momento de silencio, ¿ al parecer, está usted mejor ?

— ¡ En dónde estoy ? preguntó Gilberto recordando

á propósito esta frase de las novelas que había leído, y que sólo en las novelas se leen.

— Ahora en seguridad, mi querido señorito, respondió la señora con un acento meridional de los más pronunciados. Pero hace un momento, en verdad que corriais gran riesgo. Ya que hablamos de eso, ¿qué es lo que os ha sucedido para caer de aquel modo precisamente en medio del camino real?

— He sentido una debilidad, señora.

— ¡Cómo! una debilidad! ¿Y de qué provenia esa debilidad?

— Había andado demasiado.

— ¿Hace mucho tiempo que estáis en camino?

— Desde ayer tarde á las cuatro.

— ¿Y desde ayer tarde á las cuatro habéis andado?

— Creo que unas diez y seis ó diez y ocho leguas.

— ¿En doce ó catorce horas?

— ¡Pardiez! no he dejado de correr.

— ¿Adónde ibais, pues?

— Á Versalles, señora.

— ¿Y venís?

— De Taverney.

— ¿En dónde está Taverney?

— Es un castillo situado entre Pierrefitte y Barle-Duc.

— ¿Pero apenas habéis tenido tiempo para comer?

— No solamente no he tenido tiempo, sino que tampoco he tenido medios.

— ¿Y cómo así?

— He perdido mi dinero en el camino.

— Desde ayer no habéis comido, de suerte que.....

— Algunos bocados de pan que había traído conmigo.

— ¡Pobre niño! Pero, ¿por qué no habéis pedido de comer en alguna parte?

Gilberto sonrió desdeñosamente.

— Porque soy orgulloso, señora.

— ¡Orgulloso! Muy bueno es ser orgulloso, pero, á pesar de eso, cuando uno se muere de hambre.....

— Más vale morir que deshonrarse.

La señora miró á su sentencioso interlocutor con una especie de admiración.

— Pero, ¿quién sois, pues, para hablar así, amigo mío? preguntó la señora.

— Un huérfano.

— ¿Y vuestro nombre?

— Gilberto.

— ¿Gilberto de qué?

— De nada.

— ¡Ah, ah! exclamó la joven cada vez más admirada.

Gilberto vió que producía efecto y se aplaudía de haber tomado el aire de un Juan Jacobo Rousseau.

— Sois muy joven, amigo mío, para rodar por los caminos reales, continuó la señora.

— Había quedado solo y abandonado en un viejo castillo que acababan de abandonar sus dueños, y, como ellos, también yo lo he abandonado á mi vez.

— ¿Sin objeto?

— La tierra es grande, y suele decirse que el sol sale para todos.

— ¡Bien! murmuró en voz baja la señora. Es algún bastardo de aldea que se habrá escapado de su solar.

— ¿Y decís que habéis perdido vuestro bolsillo? preguntó en voz alta.

— Sí.

— ¿Estaba bien provisto?

— No tenía más que un escudo de seis libras, respondió Gilberto, titubeando entre la vergüenza de confesar su miseria y el peligro de ostentar una gran

fortuna que podían suponerle mal adquirida ; pero me hubiera bastado.

— ¿ Un escudo de seis libras para un viaje tan largo ? ¡ Apenas si teníais con que comprar pan para dos días ! ¡ Y el camino, Dios mío ! ¡ qué camino !
¿ Decís que desde Bar-le-Duc á París ?

— Sí.

— ¿ Así como unas sesenta y cinco leguas, á lo que creo ?

— No he contado las leguas, señora. He dicho : es preciso que yo llegue ; y he ahí todo.

— ¿ Y sin más, os habéis puesto en marcha, pobre loco ?

— ¡ Oh ! tengo buenas piernas.

— Por buenas que sean, sin embargo se cansan : tenéis la prueba de ello.

— ¡ Oh ! no son las piernas las que me han faltado, sino la esperanza.

— En efecto, me parece haberos visto muy desesperado.

Gilberto se sonrió amargamente.

— ¿ Qué es lo que os pasaba en el espíritu ? Os golpeabais la cabeza y os arrancabais los cabellos.

— ¿ Lo creéis así, señora ? preguntó Gilberto bastante embarazado.

— ¡ Oh ! estoy segura. Y aun fué vuestra desesperación la que ha debido impedirnos de oír el carruaje.

Gilberto creyó que no sería malo el ensalzarse aun con la relación de la verdad pura. Su instinto le decía que su situación era interesante, especialmente para una mujer.

— En efecto, estaba desesperado, dijo.

— ¿ Y de qué ? preguntó la señora.

— De no poder ya seguir un coche que iba siguiendo.

— ¿ En verdad ? dijo la joven sonriendo. ¿ Luego es

una aventura ? ¿ Tendría en ella parte el amor ?

Gilberto no era aun bastante dueño de sí mismo para no ruborizarse.

— ¿ Y qué coche era ese, mi pequeño Catón ?

— Uno de la comitiva de la Delfina.

— ¡ Cómo ! ¿ qué es lo que decís ? exclamó la joven.
¿ Luego la Delfina va delante de nosotros ?

— Sin duda.

— Yo la creía atrás, apenas en Nancy. ¿ No le hacen honores en el camino ?

— Si tal, señora ; pero parece que S. A. tiene prisa.

— ¡ Prisa la Delfina ! ¿ Quién os lo ha dicho ?

— Lo presumo.

— ¿ Lo presumís ?

— Sí.

— ¿ Y por qué lo presumís ?

— Porque al principio había ella dicho que descansaría dos ó tres horas en el castillo de Taverney.

— ¿ Y después qué ?

— Apenas se ha detenido allí tres cuartos de hora.

— ¿ Sabéis si ha recibido alguna carta de París ?

— He visto entrar con una carta en la mano á un caballero con una casaca cubierta de bordados.

— ¿ Han nombrado á ese caballero delante de vos ?

— No, solamente sé que es gobernador de Estrasburgo.

— ¡ El señor de Stainville, cuñado del señor de Choiseul, Pecaire ! ¡ Más ligero, postillón, más ligero !

Un vigoroso latigazo respondió á esta intimación, y y Gilberto sintió que el carruaje, aunque lanzado ya al galope, aumentaba aun su velocidad.

— ¿ Conque, replicó la joven, la Delfina va delante ?

— Sí, señora.

— Pero hará alto para desayunarse, dijo la señora como hablando consigo misma, y entonces la dejare-

mos atrás, á menos que esta noche... ¿ Se ha detenido esta noche ?

— Sí, en San Dizier.

— ¿ Á qué hora ?

— A eso de las once.

— Era para cenar. ¡ Bueno, será preciso que se desayune ! Postillón, ¿ cuál es la primera ciudad de alguna importancia que se halla en el camino ?

— Vitry, señora.

— ¿ Y á cuántas leguas está de aquí ?

— Á tres.

— ¿ En dónde relevamos ?

— ¿ En Vauclere.

— Bien. Continúe usted, y si encuentra una fila de coches en el camino, adviértamelo usted.

Durante estas cortas palabras cambiadas entre la señora del carruaje y el postillón, Gilberto casi había vuelto á desfallecerse. Al sentarse, la viajera lo vió pálido y con los ojos cerrados.

— ¡ Ah, pobre niño ! ¡ Se vuelve á poner malo ! exclamó. Mía es la culpa, puesto que le hago hablar cuando está muriéndose de hambre y sed, en vez de darle de comer y beber.

Y primero, para reparar el tiempo perdido, la señora sacó de la bolsa del carruaje un frasco cincelado, de cuyo cuello pendía de una cadena de oro un vasito de plata sobredorada.

— Bebed primero una gota de esta agua de la Côte, dijo llenando el vasito y presentándolo á Gilberto.

Esta vez, Gilberto no se hizo rogar. ¿ Era acaso por la influencia de la linda mano que le presentaba el vaso, ó porque la necesidad era más apremiante que en San Dizier ?

— ¡ Así ! dijo la señora. Ahora tomad un bizcocho,

dentro de una hora ó dos ya os haré desayunar más sólidamente.

— Gracias, señora, dijo Gilberto.

Y comió el bizcocho como había bebido el vino.

— ¡ Muy bien ! Ahora que estáis ya un poco fortalecido, dijo la señora, decidme, si es que me creéis digna de ser vuestra confidente, decidme ¿ qué interés teníais en seguir ese coche que, me habéis dicho, pertenece á la comitiva de la señora Delfina ?

— Os voy á decir la verdad en dos palabras, señora, dijo Gilberto. Vivía yo en casa del señor barón de Taverney cuando llegó allí S. A.; ha mandado al barón que la siguiese á París, y él obedeció. Como soy huérfano, nadie ha pensado en mí, y me han abandonado sin dinero ni provisiones. Entonces he jurado que, supuesto que todos iban á Versalles con el auxilio de buenos caballos y hermosas carrozas, también yo iría á Versalles, pero á pie, con mis piernas de diez y ocho años, y que con estas piernas de diez y ocho años llegaría tan pronto como ellos con sus caballos y carruajes. Desgraciadamente me han hecho traición mis fuerzas, ó más bien, la fatalidad se ha declarado contra mí. Si no hubiese perdido mi dinero, hubiera podido comer; y si hubiese comido esta noche, hubiera podido esta mañana alcanzar los caballos.

— Lindamente. ¡ Eso es lo que se llama tener ánimo ! exclamó la señora; y os felicito por ello, amigo mío. Pero me parece que no sabéis una cosa...

— ¿ Qué cosa ?

— Que en Versalles no se vive de ánimo.

— Iré á París.

— En cuanto á eso, París es muy parecido á Versalles.

— Si no se vive de ánimo, se vive del trabajo, señora.

— Bien respondido, hijo mío. Pero ¿de qué trabajo? Vuestras manos no son las de un braceró ó mozo de cordel.

— Estudiaré, señora.

— Me parecéis ya muy docto.

— Sí, puesto que sé que no sé nada, respondió sentenciosamente Gilberto recordando el dicho de Sócrates.

— Y sin parecer indiscreta, ¿puedo preguntaros qué ciencia estudiaréis con preferencia, amiguito mío?

— Señora, dijo Gilberto, creo que la mejor de las ciencias es la que le permite al hombre ser más útil á sus semejantes. Además, el hombre es tan poca cosa, que debe estudiar el secreto de su debilidad para conocer el de su fuerza. Quiero saber un día, porqué mi estómago ha impedido á mis piernas llevarme esta mañana; en fin, quiero saber también si no es esa misma debilidad de estómago la que ha producido en mi cerebro aquella cólera, aquella fiebre, aquel vapor negro, que me han derribado.

— ¡Ah! haréis un excelente médico, pues me parece que habláis ya admirablemente de medicina. Dentro de diez años, os prometo ser vuestra parroquiana.

— Trataré de merecer ese honor, señora, dijo Gilberto.

Paróse el postillón. Habían llegado al punto de relevo sin haber visto ningún coche.

La joven se informó. La Delfina acababa de pasar hacía un cuarto de hora, y debía detenerse en Vitry para relevar y desayunar.

Un nuevo postillón montó á caballo.

La joven le dejó salir del pueblo al paso ordinario; luego, cuando hubo rebasado la última casa:

— ¡Postillón, le dijo, se obliga usted á alcanzar los coches de la señora Delfina!

— Sin duda.

— ¿Antes de llegar á Vitry?

— ¡Mucho es eso! Iban al gran trote.

— Pero me parece que yendo nosotros al galope...

El postillón la miró.

— ¡Triples agujetas! dijo ella.

— Si hubierais principiado por ahí, dijo el postillón, estaríamos ya á un cuarto de legua de aquí.

— Ahí tiene usted un escudo de seis libras á cuenta: reparemos el tiempo perdido.

Inclinóse hacia atrás el postillón, y la joven hacia adelante, se pudieron juntar sus manos, y pasó el escudo de la mano de la viajera á la del postillón.

Los caballos recibieron el reehazo. La caja partió rápida como el viento.

Durante el relevo se había apeado Gilberto, y lavado la cara y manos en una fuente. Mucho habían ganado su cara y manos con aquella operación, y además había atusado sus cabellos que eran magníficos.

— En verdad, había dicho para sí la joven, que no es muy feo, para un futuro médico.

Y había sonreído al mirar á Gilberto.

Éste, entonces, se ruborizó como si adivinase lo que hacía sonreír á su joven compañera de camino.

Terminado el diálogo con el postillón, la viajera volvió á Gilberto, cuyas paradojas, brusquerías y sentencias la divertían mucho.

Sólo que de cuando en cuando se interrumpía con una risotada provocada por alguna respuesta que, desde una legua, oía á filosofismo, para mirar al fondo del camino. Entonces si su brazo había rozado la cara de Gilberto, si su redonda rodilla había apretado el ijar de su compañero, se divertía la bella via-

jera en ver el rubor de las mejillas del futuro médico contrastar con sus ojos bajos.

Anduvieron así como una legua. De súbito la joven lanzó un grito de alegría, arrojándose sobre la banqueta delantera con tan poca ceremonia, que cubrió á Gilberto con su cuerpo.

Acababa de percibir los últimos furgones de la escolta subiendo penosamente una larga cuesta, por la que marchaban en orden veinte carrozas, de las que se habían apeado casi todos los viajeros.

Gilberto se desembarazó de los pliegues del vestido á grandes flores, deslizó su cabeza por debajo del brazo, y se arrodilló á su vez sobre la banqueta delantera, buscando con sus ardientes ojos á la señorita de Taverney en medio de aquellos pigmeos aseendentes.

Creyó reconocer á Nicole por su papalina.

— Ya los hemos alcanzado, señora, dijo el postillón; ahora ¿qué hay que hacer?

— Pasar delante.

— Imposible, señora; no se gana la delantera á la Delfina.

— ¿Por qué?

— Porque está prohibido. ¡Diablo! dejar atrás los caballos del rey! me enviarían á presidio!

— Escucha, amigo mío, arréglate como puedas, pero es indispensable que pasemos adelante.

— ¿Pero, no sois de la escolta? preguntó Gilberto, que hasta entonces había tomado la carroza de la joven señora por un coche rezagado, y que en toda aquella diligencia sólo había visto un deseo de incorporarse á los demás.

— El deseo de instruirse es laudable, respondió la señora, la indiscreción no vale nada.

— Perdonad, señora, respondió Gilberto ruborizado.

— Y bien, ¿qué es lo que hacemos? preguntó la viajera al postillón.

— ¡Diantre! marcharemos detrás hasta Vitry, y allí si S. A. se detiene, le pediremos el permiso de pasar adelante.

— Sí, pero se informarán de quién soy, y sabrán... No, no, eso no vale nada; busquemos otro medio.

— Señora, dijo Gilberto, si me atreviese á daros un consejo.

— Dadlo, amigo mío, que si es bueno lo seguiremos.

— Sería el de tomar algún camino de travesía que dejase á un lado á Vitry, y de ese modo dejaríamos atrás á la señora Delfina, sin faltarle al respeto.

— Este muchacho dice bien, exclamó la joven. Postillón, ¿no hay un camino de travesía?

— ¿Para dónde?

— Para donde quiera usted, con tal que dejemos atrás á la señora Delfina.

— ¡Ah! en cuanto á eso, dijo el postillón, tenemos á nuestra derecha el camino de Marolle que pasa al lado de Vitry, y empalma con el camino real de La Chaussée.

— ¡Excelente! exclamó la joven; ¡eso es!

— Pero, dijo el postillón, la señora debe saber que dando ese rodeo doblo la posta.

— Dos luises para usted, si llega á La Chaussée antes que la Delfina.

— ¿Conque la señora no teme hacer astillas la silla de posta?

— Nada temo. Si se rompe, continuaré mi camino á caballo.

Y el carruaje, tomando á la derecha, dejó el camino real, entró en uno de travesía, de hondos carriles, y fué siguiendo un riachuelo de pálidas aguas que va á dar al Mane entre La Chaussée y Mutigny.

El postillón cumplió su palabra : hizo cuanto cabía en lo humano para que se hiciese pedazos el carruaje, igualmente que para llegar.

Veinte veces cayó Gilberto sobre su compañera, y otras tantas cayó ésta en los brazos de Gilberto.

Éste supo ser cortés sin ser molesto. Supo reprimir la sonrisa de sus labios, mientras sus ojos decían á la joven que era muy bella.

De los vaivenes de los carruajes y de la soledad pronto se engendra la amistad. Al cabo de dos horas de camino de travesía, parecía á Gilberto que hacía diez años conocía á su compañera, y ésta, por su parte, habría jurado que conocía á Gilberto desde su nacimiento.

Á eso de las once, entraron en el camino real de Vitry á Chalons. Preguntaron á un correo, y dijo éste que la Delfina no sólo se desayunaría en Vitry, sino que se hallaba tan fatigada que descansaría allí dos horas.

Añadió que le habían enviado al próximo relevo para advertir que estuviesen preparados los tiros para las tres ó las cuatro de la tarde.

Esta noticia colmó de gozo á la viajera, la cual dió al postillón los dos luises prometidos, y volviéndose hacia Gilberto :

— ¡ Ah ! ¡ en verdad que también nosotros hemos de comer en el próximo relevo ! exclamó.

Pero estaba decidido que Gilberto se había de quedar sin comer aun en aquel relevo.

XIX

En donde se hace conocimiento con otro personaje

En lo alto de la montaña que la silla de posta iba subiendo, se percibía el pueblo de La Chaussée, en donde debían relevar.

Componíase de una pintoresca confusión de casas cubiertas de rastrojo, y situadas según el capricho de los habitantes, en medio del camino, en el ángulo de un espeso bosque, al alcance de una fuente, y siguiendo muchas de ellas la pendiente del gran arroyo de que hemos hablado, y sobre el cual había delante de cada casa puentes ó tablones.

Pero, en aquel momento, lo más notable de aquel lindo pueblecito era un hombre que, plantado, agua abajo del arroyo, en medio del camino, cual si hubiese recibido alguna consigna de un poder superior, pasaba su tiempo, ya en mirar con codiciosos ojos al camino real, ya en explorar con la vista un hermoso caballo tordo de largas crines que, atado á la contraventana de una cabaña, conmovía las chillas á cabezadas, manifestando una impaciencia que parecía debía hacer excusar la silla que tenía sobre el lomo, la cual anunciaba que estaba aguardando á su dueño.

De vez en cuando, fatigado el extranjero de explorar, como hemos dicho, inútilmente el camino, se acercaba al caballo y lo examinaba como inteligente, aventurándose á pasar una mano ejercitada por su